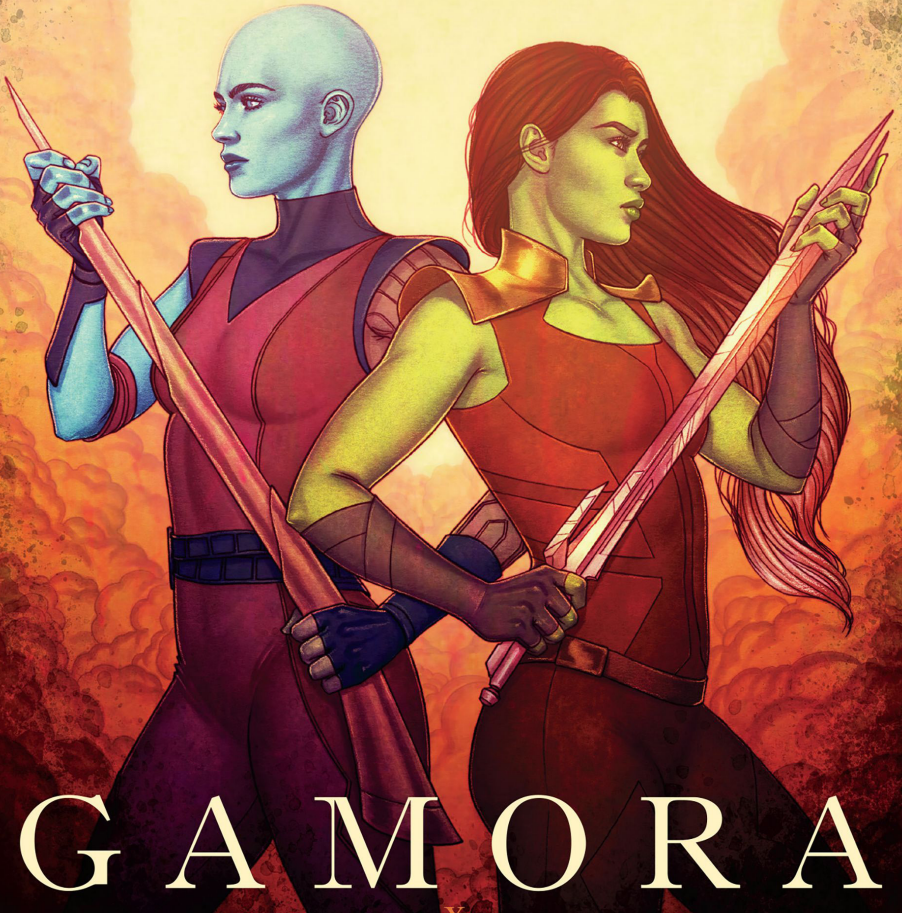



MARVEL

**MACKENZI
LEE**



**GAMORA
Y
NEBULA**

HERMANAS EN BATALLA

 **Planeta**

20AM12R26 + N2225U15A 20E915AN278 E14 26A7AL16A

G A M O R A
— y —
N E B U L A
HERMANAS EN BATALLA

—
MACKENZI LEE

MARVEL

 Planeta

Capítulo 1

Treinta y seis segundos después de que Gamora aterrizó en el único hangar de la estación Rango 15, su nave fue despojada de sus partes. Los vagabundos, envueltos en ropas polvorientas y con los rostros cubiertos con pañuelos transparentes que utilizaban como filtros improvisados para impedir que el polvo de cromikita entrara en sus pulmones, saltaron de sus escondites y se lanzaron como un enjambre antes de que el tren de aterrizaje tuviera oportunidad de salir por completo, se montaron en la nariz de la nave y jaquearon los paneles para llegar hasta el cableado interno.

Gamora suspiró, lamentando haber aceptado el trabajo en un planeta que era un absoluto basurero.

Ni siquiera había tocado la superficie y ya estaban tratando de hacerla trizas. Desabrochó los arneses de seguridad que le cruzaban el pecho y apretó el botón para abrir la escotilla. Al momento de abrirse con un silbido bajo, Gamora se puso de pie, sacó su bláster de la funda y apuntó al más cercano de los chatarreros. Con el pulgar encendió el ajuste para aturdir y luego disparó dos veces. El chatarrero salió volando de la proa de la nave, agitando los brazos y piernas en el aire. El resto salieron corriendo, lanzando gritos como si también les hubieran disparado. La mitad tiraron las herramientas rotas de minero que estaban usando para desvalijar su nave, y Gamora se quedó parada en medio de lo que parecía la venta de cacharros más inútiles en toda la galaxia.

Metió de nuevo el bláster en la funda que llevaba en la cadera. Por lo menos un mediocre disparo de aturdimiento bastó para espantarlos.

Gamora saltó de la cabina y el olor tan rancio de la atmósfera artificial de la estación la obligó a levantarse la bufanda para cubrirse la nariz y la boca. Se había atado el pelo en un rodete suelto en la parte trasera de la cabeza y podía sentir que el aire aceitoso empezaba a cubrirlo. Se había decolorado por completo las puntas antes de partir y supo que, para cuando regresara al *Santuario II*, estarían de un tono vómito opaco debido al polvo. Ya debería

haber aprendido a estas alturas: el blanco no es un color que siente bien para una batalla. Y todo era una batalla.

Una asistente del muelle con aspecto agobiado llegó corriendo desde el otro lado del hangar, con la mitad inferior del rostro oculta debajo de un respirador con tubos verdes. Gamora tenía un modelo más actualizado, pero le habían dicho que no lo necesitaría hasta que llegara a los márgenes del planeta. Había la suficiente atmósfera artificial en las estaciones de vivienda como para respirar sin ayuda de un respirador que filtrara primero la crow del aire. Pero el médico en *Santuario II* que le dio el visto bueno para esta misión, le había señalado una lista tan minuciosa de los efectos secundarios de la exposición a la crowmikita que Gamora casi sacó la mascarilla de su mochila de manera preventiva.

El sonido de la respiración mecanizada de la asistente del muelle se acompañaba del traqueteo metálico de las espuelas de minero alrededor de sus tobillos. Se movía de un pie al otro mientras golpeaba la pantalla que llevaba aferrada alrededor del brazo. El dispositivo estaba esposado a su muñeca para impedir que se lo robaran.

—Salu... —empezó la asistente, pero el sonido quedó ahogado por el irritante ruido de los motores del transbordador que penetraba la película lechosa de la atmósfera bombeando sobre sus

cabezas. El cielo se sacudió y una nube de humo negro que salía de la parte baja del transbordador envolvió la plataforma. Gamora sintió el arrepentimiento por haberse blanqueado las puntas del pelo haciéndose todavía más grande.

La asistente miró al transbordador con los ojos entrecerrados mientras el aparato trastabillaba hacia abajo y su motor finalmente se apagaba con un sonido sibilante, y miró a Gamora.

—Saludos, amiga —intentó de nuevo. Su voz se escuchaba como un gorjeo electrónico a través de los agonizantes altavoces de su mascarilla y la mujer levantó una mano para jugar con el sintonizador en uno de los lados. Se escuchó el chillido de la interferencia acústica que le provocó a ambas una mueca de desagrado y luego terminó de hablar, sin ninguna mejoría notable—. Bienvenida a Rango 15. Estacionar tu nave crucero cuesta cien unidades por noche.

—Vine por un asunto de negocios. —Gamora le mostró su tarjeta de identificación en la holopantalla que llevaba en la muñeca. En términos estrictos, no estaba allí por una instrucción específica de su padre y, también estrictamente, no era muy doloroso pagar las cien unidades, pero era cuestión de principios. Ninguna hija de Thanos pagaría un impuesto de atraque en una estación de viviendas en un planeta con minas a cielo abierto.

La asistente del muelle apenas giró para ver sus credenciales antes de regresar la vista a su propia pantalla.

—Amiga, aquí estás fuera de la esfera de la Orden Negra.

—No soy tu amiga.

La asistente del muelle levantó la vista y esta vez Gamora observó que sus ojos se pasearon por un momento hacia el bláster enfundado en la cadera de Gamora.

—¿Eres una pistolera?

—No. —Técnicamente no era una mentira porque ella prefería las espadas.

—Hay una cuota de cincuenta unidades por los tiroteos —dijo la asistente—. Además de los costos funerarios. Pero solo te cobraré cuarenta si pagas ahora por anticipado de cualquier altercado con armas de fuego en el que planees participar durante tu estancia.

—No soy una pistolera —afirmó Gamora—. Puedo ir a otra estación.

La asistente golpeteó con fuerza su pantalla en un intento por obtener una respuesta de la superficie agrietada.

—Es la misma cuota en todas partes. Puedes pagar ahora el periodo completo de tu estancia o hacerlo por día, aunque existe un recargo adicional del diez por ciento.

—¿Y qué pasa si no pago? —preguntó Gamora.

La asistente levantó la vista hacia ella como si no estuviera segura si Gamora bromeaba, y luego dijo con voz monótona:

—Expulsamos tu nave.

Detrás de la asistente del muelle se abrieron las puertas del transbordador recién llegado y los chatarreros que cayeron de la nave crucero de Gamora se lanzaron de inmediato en tropel hacia los pasajeros que desembarcaban, pidiéndoles limosna con las cabezas inclinadas y las manos extendidas frente a ellos.

—¿Mantendrás lejos a los chatarreros? —preguntó Gamora.

—Tienes mi palabra —respondió la mujer—. Hay una multa de trescientas unidades por buscar chatarra en un hangar público.

Gamora se resistió a lanzar una mirada irónica por encima del hombro hacia la punta despedazada de su nave.

—Bien —dijo un golpecito en la holopantalla de su muñeca para transferir las unidades. La asistente del muelle verificó su propia pantalla, asintió para confirmar la transacción y estampó un código de barras magnético en el frente de la nave. La placa desteñida sobresalía como una mancha de aceite sobre la inmaculada superficie reflejante.

—Bienvenida a Torndune —dijo al mismo tiempo que apagaba su holopantalla—. No bebas el agua.

Mientras la asistente se alejaba de prisa, Gamorra cruzó hacia la orilla del hangar y se asomó a la superficie del planeta que tenía abajo.

«Alguna vez este lugar fue verde», pensó mientras paseaba la vista sobre los restos consumidos de lo que solía ser un planeta selvático antes de que fueran descubiertos los yacimientos de crowmikitita debajo de los suelos del bosque. Ahora la superficie era herrumbrosa y estaba marcada por los agujeros de los fosos. Las minas eran profundos cráteres entre las cimas de las chimeneas y los generadores de gravedad artificial. Las luces rojas parpadeaban en la parte alta de las refinerías, como si trazaran constelaciones sangrientas por todo el terreno. El coro bajo de la maquinaria se escuchaba incluso por encima de los campos protectores que rodeaban la estación de viviendas donde habitaban los mineros, y pudo sentir cómo retumbaba el piso bajo las plantas de sus pies. Por encima de la superficie, cientos de estaciones iguales a Rango 15 llenaban los aires como puntos borrosos contra el cielo oscuro. Un ducto de elevador con kilómetros de longitud conectaba cada estación con la superficie del planeta, anclándolas sobre la atmósfera venenosa de Torndune que estaba tan llena de los gases provenientes de los desechos de crowmikitita que no quedaba sitio alguno donde respirar no te produjera la muerte.

Gamora sacó un par de binoculares de su mochila y se los llevó a los ojos para tener una mejor vista de la superficie. Al mismo tiempo que exploraba el planeta, las estadísticas aparecieron en letras verdes ante sus ojos, ocultando los largos trenes de mineros que subían y bajaban de los andamios con botes llenos de crowmikita sin procesar. Los datos en pantalla se alteraron momentáneamente cuando una de las enormes y puntiagudas excavadoras se atravesó frente a ella. Gamora desvió la mirada hacia el extremo del foso justo por debajo de la estación, que era donde trabajaba la mayoría de los mineros que vivían en Rango 15. Los datos de profundidad desde la superficie parpadearon un momento para calibrarse y destellaron: 3 897 kilómetros.

Apagó las lentes y arrojó los binoculares dentro de su mochila. Solo 3 897 kilómetros hasta el centro del planeta. Debería ser fácil.

—Hola, amiga —dijo alguien detrás de ella. Al voltear se encontró con otro ser que sostenía una enorme holopantalla y que llevaba gafas protectoras, y que la saludaba de una manera que parecía amistosa, hasta que dijo:

—Son doscientas unidades por estacionar tu nave en el hangar público.

Gamora suspiró. Por lo menos se había encontrado primero con una estafadora que le cobró menos.

El pueblo de la estación era polvoriento y gris, y la crowmikita que cubría la ropa y las botas de los mineros flotaba en nubes difusas que adquirirían un tono dorado cuando la luz las atravesaba. Speeders desvalijados estaban afuera de los decaídos escaparates de las tiendas, rodeados de abrevaderos con agua sucia para que los mineros se lavaran. Había más seres que naves y las calles estaban atestadas. Los mineros, vestidos aún con sus overoles, y con las arrugas de las gafas protectoras y ventiladores que iban desapareciendo poco a poco de su piel, estaban formados en filas afuera de los puestos de raciones, donde intercambiaban fichas por alimentos, mantas y nuevos cordones para sus botas. Un área médica estaba inundada de otros individuos con rodillas sangrantes y manos destrozadas que rogaban ser atendidos. Aquellos con articulaciones dañadas por la exposición a la crow merodeaban al final de la multitud, con su piel grisácea y desgastada hasta el hueso no era suficiente para llamar la atención.

Incluso en esta pequeña estación, los mineros eran un conjunto diverso de seres que provenían de toda la galaxia. Gamora recordaba haber leído que cuando se extrajo inicialmente la crowmikita, el planeta se llenó de visitantes de otros mundos, quienes se unieron a los habitantes locales para

invertir los ahorros de toda su vida con la esperanza de encontrar una veta y reclamar los derechos de explotación. Unos pocos afortunados que encontraron un depósito se vieron obligados a vender sus derechos al Cuerpo Minero: quienes cooperaron recibieron acciones en el Cuerpo a cambio de rendirse, mientras aquellos que se opusieron sufrieron pérdidas porque les cortaban las orugas de sus excavadoras durante la noche, les robaban la comida y misteriosamente se derrumbaban los túneles donde trabajaban mientras estaban dormidos. Cuando por fin se dieron por vencidos, se les forzó a someterse a los mismos contratos que los demás mineros que trabajaban para el Cuerpo y se les envió a estas estaciones de vivienda.

En los andamios montados alrededor de los restos de un edificio quemado, un grupo de misioneras de la Iglesia Universal de la Verdad cantaba himnos mientras realizaban el bautismo de los conversos por medio de lavarles los pies. Una misionera, cuyo rostro mostraba la pintura tradicional de las sacerdotisas, estaba parada sobre una caja vacía etiquetada «Peligro: explosivos», y leía de un deteriorado libro de escrituras.

—Entonces sucedió que encontraron un jardín en la tierra al cual llamaron Cibél, una palabra que significa «los orígenes de la vida», y de ese suelo brotaron todas las cosas en la galaxia.

Mientras pasaba al lado de los acólitos, Gamora miró detrás de ellos a una calle donde se apilaban las rústicas viviendas armadas con las partes de repuesto y los desperdicios de las minas; algunas no eran más que delgados lienzos metalizados, colgados sobre un tosco andamiaje. Entre las viviendas había fogatas encendidas para cocinar que arrojaban una luz ambarina y líquida contra el cielo rojizo.

No todas las estaciones que flotaban encima del planeta eran iguales a esta: asentamientos orbitales destartados, atestados de seres expulsados de sus hogares y que no tenían otra opción que minar su propio planeta con el propósito de pagar las tarifas que les cobraban por vivir allí. De camino a la red Rango, Gamora había volado sobre algunas estaciones urbanas con muros blancos que flotaban muy por encima de la superficie, y en las que se bombeaba aire limpio y las flores frescas brotaban frente a casas rodeadas de cercas. Allí era donde vivían los ejecutivos del Cuerpo Minero, que eran quienes habían saqueado a Torndune para obtener su incomparablemente poderosa fuente de energía y que ahora descontaban las cuotas de vivienda en las estaciones del salario de los mineros.

Todo el maldito planeta era un desastre.

En la plaza principal, Gamora eligió al azar una cantina elevada y subió por las escaleras, dos pel-

daños a la vez, hasta llegar a la puerta. Necesitaba algún lugar donde revisar sus instrucciones y, aún más importante, donde beber algo; había sacado su respirador antes de salir del muelle, pero tan pocos de los mineros que vio los llevaban puestos que se lo colocó alrededor del cuello por temor a destacar demasiado. Su piel verde atraería menos atención en este planeta que ser incapaz de seguir las reglas. Las puertas automáticas se abrieron con un susurro y al momento de dar el primer paso, una cadenera parada en la puerta estiró su grueso brazo y la detuvo.

—Entrega tus armas —bramó. Tenía una placa sujetada al frente de su overol de minera que decía simplemente «Obedéceme». Con renuencia, Gamora arrojó las fundas de sus armas, las dos espadas plegables que llevaba en su mochila, su pistola paralizante, una cartuchera con bombas de ampolla y cuatro granadas cegadoras dentro del recipiente que la mujer puso frente a ella.

La cadenera inclinó la cabeza hacia sus botas.

—Y los cuchillos.

—No tengo ningún cuchillo —respondió Gamora.

La mujer levantó una ceja. Su expresión daba a entender que tenía la mecha más corta que larga.

—Los cuchillos —repitió—. ¿Crees que no reconozco las navajas de pie de la Fuerza Estelar? Sá-

calas o lárgate. —Su gruesa mano se movió hacia la macana aturdidora sujeta a su torso.

Gamora golpeó el talón contra el piso. El cuchillo del ejército Kree salió disparado de su lugar oculto en la puntera de su bota, lo atrapó y se lo entregó a la cadenera con la punta de la hoja hacia el frente.

La cadenera lo arrojó en el depósito con el resto del arsenal de Gamora.

—¿Y el otro?

—No tengo otro. —Gamora golpeó el talón contra el suelo y el portanavajas vacío hizo un chasquido. La mujer entrecerró los ojos y Gamora se preguntó qué tan probable era que la mujer le demandara entregar las botas y tuviera que entrar descalza al bar, en lugar de arriesgarse a que estuviera mintiendo—. ¿Terminamos? —Gamora se adelantó antes de que la cadenera tuviera oportunidad de registrarla. La mujer gruñó y arrancó una etiqueta roja del frente del recipiente antes de meterlo a una banda transportadora que lo envió fuera de su vista.

—Recógelas en la ventanilla cuando te vayas —dijo al mismo tiempo que le entregaba la etiqueta roja—, y no bebas el agua, extranjera.

Gamora la fulminó con la mirada. Quizá no valía la pena esforzarse por pasar desapercibida.

La cantina estaba atiborrada de mineros que acababan de terminar sus turnos en la superficie. Las mesas de zardoc estaban alineadas contra las ventanas

y cada una estaba rodeada de una multitud que lanzaba apuestas sobre el tablero cuadriculado. Un grupo escandaloso junto a la barra miraba en holopantallas borrosas las carreras de motos que se trasmitían desde algún lugar en el sistema central. Gamora ordenó una bebida de aspecto sucio y espeso con olor fermentado, y eligió una butaca en el fondo del salón. Los almohadones estaban resquebrajados y expulsaron una nube apesosa de crow al momento de sentarse.

Abrió las instrucciones en la pantalla de su muñeca, y tuvo cuidado de mantenerse de espaldas al salón para ocultarla. No era necesario que la consideraran como una extranjera rica a la que valía la pena asaltar en un callejón para robarle tan solo porque tenía una holopantalla mediocre que no serviría ni para empeñarla en la capital a cambio de dinero para combustible.

El mensaje era breve, pero lo abrió de nuevo como si alguna nueva línea de texto pudiera aparecer desde la última vez que lo leyó. Allí estaban las coordenadas de Torndune, un vínculo hacia un archivo de datos sobre la historia de las minas y los peligros ambientales del lugar que anteriormente fue un planeta selvático, y dos líneas al final:

EXTRAE EL CORAZÓN DEL PLANETA.

ENTRÉGALO EN LAS SIGUIENTES

COORDENADAS:

Golpeteó de nuevo con el dedo sobre la cadena de coordenadas y, justo como ocurrió antes, la ubicación no apareció en ninguno de sus mapas.

Este iba a ser un trabajo muy interesante. Un empleador desconocido la había enviado a buscar un objeto igualmente desconocido que debía entregar en una ubicación desconocida. Cuando reenvió el mensaje a Thanos con la esperanza de que le dijera que se negara, que la necesitaban en otra parte, lo único que obtuvo como respuesta fue: *Ve*. Así que ahora las órdenes venían más o menos de su padre. Más que ninguna otra cosa, ella era su soldado.

Gamora subió la pierna al banco junto al suyo y descansó el codo sobre él mientras pasaba a otra pantalla para ver si su padre había intentado comunicarse al mismo tiempo que iba en el trayecto. No se preocupó de ver si tenía algo de Nebula. Lo único que encontraría sería el último mensaje que le mandó a su hermana «Lo siento. Por favor, habla conmigo», con una indicación de que el mensaje se había leído y borrado meses antes. Sus dedos se pasearon hasta el espacio vacío en su bota donde habría estado el cuchillo del ejército Kree que le dejó a Nebula.

«Levanta la vista». Entrecerró los dedos en un puño y lo presionó contra la puntera de su bota. «Enfócate».

Esta no era la misión de Nebula. Era suya.

—Hola, querida —ronroneó una voz sobre su hombro y volteó. Una mujer de cabello rojo brillante, con labios y mejillas pintados del mismo color, estaba inclinada sobre sus codos en el respaldo de la butaca, con su exuberante escote justo a la altura de los ojos de Gamora—. ¿Buscas una amiga?

—No, gracias —respondió Gamora y alejó la vista hacia su holopantalla.

—Es difícil ser nueva en una estación y no tener amigos. —La mujer se dejó caer en el banco al lado del suyo y Gamora pudo oler el exceso de perfume que llevaba para tratar de cubrir la falta de un muy necesario baño. Sus pestañas falsas empezaban a desprenderse de los extremos. No tenía cejas, pero se las había pintado con un cosmético morado que parecía quemarle la piel—. ¿Eres ejecutiva minera? —preguntó seductora.

—No precisamente —respondió Gamora.

—¿Inversionista? ¿O cazarrecompensas? —La mujer palmoteó, embelesada con la idea. Sus joyas tintinearón.

—Algo así.

—Pero no eres de por aquí —dijo la mujer. Era una afirmación, no una pregunta.

—No —contestó Gamora—. No soy de aquí.

—¿Alguien ya te dijo del agua? —preguntó la mujer.

—¿Qué pasa con el agua?

—No la bebas.

Gamora soltó un bufido.

—Ya me lo habían dicho.

La mujer extendió la mano y acarició la barbilla de Gamora con uno de sus dedos. Tenía las manos pintadas, pero la piel de sus nudillos empezaba a podrirse, con úlceras rojas producidas por la crow que estaban demasiado abiertas como para poder ocultarlas por completo.

—Bueno, si no tienes ganas de dormir sola esta noche, ven a buscarme ¿d'acuerdo? —Habló con la misma pronunciación arrastrada que Gamora ya había notado en todos los seres con los que había hablado desde su llegada, una tendencia a romper con la gramática a favor de la conveniencia.

Gamora empezó a responder, pero la interrumpió una explosión ahogada que venía de muy por debajo de la superficie del planeta. Su copa tintineó sobre la mesa. La holopantalla sobre la barra se apagó y todos los espectadores gritaron al unísono. Gamora se levantó por instinto y trató de sacar el bláster antes de recordar que lo había dejado con la mastodonte de la puerta.

—Tranquila, hermana —dijo la mujer con voz arrulladora mientras se acomodaba el frente del vestido. La cintura parecía tan apretada que sin duda

estaba cambiando de lugar sus órganos internos—. Solo es el Espinazo.

La mayoría de los presentes en la cantina ignoraron la explosión, pero unos cuantos se acercaron a la mugrienta pared con ventanales para poder ver. Gamora saltó sobre el respaldo de la butaca para seguirlos. Más allá del extremo de la estación flotante se veía una columna ondulante de humo negro y espeso que brotaba de la superficie, jaspeada por rayos blancos que se veían como hilos luminiscentes entretejidos en un tapiz.

A sus espaldas, Gamora sintió la presencia de la mujer que presionaba su cuerpo contra el suyo para poder ver mejor. Sintió que los dedos de la mujer se curvaban alrededor de su brazo.

—Vaya, estás en buena forma. Debes ser soldado.

La multitud junto a las ventanas ya se estaba alejando poco a poco de regreso a sus bebidas y sus juegos. Gamora observó que el humo empezaba a disiparse y pudo ver que el borde de uno de los fosos estaba quemado.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

La mujer se encogió de hombros.

—Lo más probable es que alguien estuviera cavando donde no debía y le haya pegado a una veta de crow. No es un elemento muy estable que digamos.

—¿Cómo se llama ese foso? —Gamora dio un golpecito en la ventana sucia.

—El Espinazo del Diablo —respondió la mujer—, uno de los depósitos más grandes de crow que se haya encontrado. Todavía están siguiendo el filón pa'dentro de la tierra, o eso oí.

—¿Dónde lo oíste? —Gamora giró y se encontró con que la mujer estaba mucho más cerca de lo que esperaba, así que dio un paso hacia atrás, pero terminó contra la ventana.

Sin embargo, la mujer no parecía preocupada. Ni tampoco parecía suficientemente peligrosa como para que la proximidad fuera un problema. Se estaba sacando la tierra de debajo de las uñas con el borde de uno de sus dientes.

—En todas partes, cuando trabajas en mi ramo. Hace tres noches vi a una chica lloriqueando porque fue ella la que le informó al Cuerpo Minero que los inconformes estaban organizándose para levantarse de nuevo.

—¿Hay huelgas? —preguntó Gamora.

—Siempre está pasando algo. —La mujer había traído con ella la copa de Gamora y le dio un sorbo que dejó una película gris sobre su labio superior—. Quieren salarios más altos, mejores estaciones y menores impuestos. Quieren que la compañía les proporcione respiradores. Con un demonio, algunos incluso quieren que el maldito

Cuerpo Minero se cierre para poder terraformar el planeta. Como si el Cuerpo estuviera dispuesto a ceder el mayor depósito de crow en el anillo exterior solo porque algunos lugareños hacen explotar unas cuantas excavadoras.

—¿Cuántos son? —preguntó Gamora.

La mujer se encogió de hombros.

—Quizá un montón. Algunos de ellos hacen huelgas en las estaciones o hacen protestas allá abajo, hasta que los de seguridad del Cuerpo los dispersa; aunque no se requiere gran cosa para espantarlos. Si me lo preguntas, no vale la pena. No conseguirán nada con pancartas. En especial cuando la mayoría no sabe leer.

—¿Están armados? —preguntó—. ¿Dañan los equipos?

—Algunos de ellos. Una pandilla explotó uno de los aparatos esos hace unas cuantas semanas. Las perforadoras que hacen los túneles —aclaró mientras sacaba algo que flotaba en la superficie de la bebida y lo arrojaba contra la pared—. El conductor encendió la perforadora y ¡BUM! —golpeó la mano contra su brazo y la bebida se agitó—. Dijeron que'ra una protesta. Pero el Cuerpo colgará a los que atrapó en Buckskin Gulch cuando llegue el solsticio, o eso escuché, y todos seguimos minando, así que no parece ser una gran protesta. Ojalá la gravedad artificial sea mejor que la última vez; era tan débil que ni siquiera les quebró los pescue-

zos. Tuvimos que tirarlos de los pies para que no estuvieran colgados durante varios días. ¿Crees que estarás aquí en el solsticio? Dejaré que me invites, siempre y cuando no lleves la chaqueta. —Pasó la mano sobre el brazo de Gamora—. Las cosas bonitas deben d'estar a la vista. Y será mejor que empieces a usar el respirador. —La mujer asintió hacia el respirador que rodeaba el cuello de Gamora—. Sin él, estarás escupiendo polvo de crow de aquí hasta *Santuario II*. —La mención de la nave de su padre sorprendió a Gamora e hizo reír a la mujer—. No estamos en un lugar tan remoto como para que no nos lleguen los boletines xandarianos. Es posible que la señal tarde unas semanas, pero finalmente llega. Y no eres muy difícil de identificar, hija de Thanos. En especial con esa bonita piel verde. —La mujer le guiñó un ojo—. Entonces, ¿me compras un trago?

—Si me dices dónde tienen a los prisioneros rebeldes —contestó Gamora—, te compro todo el bar.

TRANSCRIPCIÓN – FILMACIÓN DE SEGURIDAD DEL
SALÓN DE JUEGOS CÓSMICO DEL GRAN MAESTRO

19:05 HORAS 90-190-294874

[EL GRAN MAESTRO, QUE LLEVA DE NUEVO SUS
FABULOSOS LENTES OSCUROS, ESTÁ HACIENDO
OTRA TOMA MIENTRAS EL INVITADO LO OBSERVA].

INVITADO: ¿Lo tienes o no?

GRAN MAESTRO: Vamos, nene. Sabes que sí. ¿Estás
seguro de que no quieres otro de estos? Son
insoportablemente afrutados y hacen que tu boca
se sienta muy feliz. Parece que tu boca no ha sido
feliz en años. Puedo encender de nuevo al barman.

INVITADO: Dime tu precio y luego brindaremos.

GRAN MAESTRO: Ah, bueno, verás, tenemos
un problemita. Es una cosita de nada. Un
problema tan chiquito y diminuto. Simplemente
el más pequeño e insignificante...

INVITADO: ¿Cuál es el problema?

GRAN MAESTRO: No eres el único que lo quiere.